



I

el aire al aire, como una red vacía,  
iba yo entre las calles y la atmósfera,  
llegando y despidiendo,  
en el advenimiento del otoño la

moneda extendida  
de las hojas, y entre la primavera y las espigas,  
lo que el más grande amor, como dentro de un guante  
que cae, nos entrega como una larga luna.

(Días de fulgor vivo en la intemperie  
de los cuerpos: aceros convertidos  
al silencio del ácido:  
noches deshilachadas hasta la última harina:  
estambres agredidos de la patria nupcial).

Alguien que me esperó entre los violines  
encontró un mundo como una torre enterrada  
hundiendo su espiral más abajo de todas  
las hojas de color de ronco azufre:  
más abajo, en el oro de la geología,  
como una espada envuelta en meteoros,  
hundí la mano turbulenta y dulce  
en lo más genital de lo terrestre.

Puse la frente entre las olas profundas,  
descendí como gota entre la paz sulfúrica,  
y, como un ciego, regresé al jazmín  
de la gastada primavera humana.

II

Si la flor a la flor entrega el alto germen  
y la roca mantiene su flor diseminada  
en su golpeado traje de diamante y arena,  
el hombre arruga el pétalo de la luz que recoge  
en los determinados manantiales marinos  
y taladra el metal palpitante en sus manos.  
Y pronto, entre la ropa y el humo,  
sobre la mesa hundida,  
como una barajada cantidad, queda el alma:  
cuarzo y desvelo, lágrimas en el océano  
como estanques de frío: pero aún

mátala y agonízala con papel y con odio,  
sumérgela en la alfombra cotidiana, desgárrala  
entre las vestiduras hostiles del alambre.

No: por los corredores, aire, mar o caminos,  
quién guarda sin puñal (como las encarnadas  
amapolas) su sangre? La cólera ha extenuado  
la triste mercancía del vendedor de seres,  
y, mientras en la altura del ciruelo, el rocío  
desde mil años deja su carta transparente  
sobre la misma rama que lo espera,  
oh corazón, oh frente triturada  
entre las cavidades del otoño:

Cuántas veces en las calles de invierno  
de una ciudad o en  
un autobús o un barco en el crepúsculo,  
o en la soledad  
más espesa, la de la noche de fiesta, bajo el sonido  
de sombras y campanas, en la misma  
gruta del placer humano,  
me quise detener a buscar la eterna veta insondable  
que antes toqué en la piedra o en el relámpago que  
el beso desprendía.

(Lo que en el cereal como una historia amarilla  
de pequeños pechos preñados  
va repitiendo un número  
que sin cesar es ternura en las capas germinales,  
y que, idéntica siempre, se desgrana en marfil  
y lo que en el agua es patria transparente, campana  
desde la nieve aislada hasta las olas sangrientas).

No pude asir sino un racimo  
de rostros o de máscaras  
precipitadas, como anillos de oro vacío,  
como ropas dispersas hijas de un otoño rabioso  
que hiciera temblar el miserable árbol de las razas  
asustadas.

No tuve sitio donde descansar la mano  
y que, corriente como agua de manantial encadenado,  
o firme como grumo de antracita o cristal,  
hubiera devuelto el calor o el frío

de mi mano extendida.  
 Qué era el hombre? En qué parte  
 de su conversación abierta  
 entre los almacenes y los silbidos, en cuál de sus  
 movimientos metálicos  
 vivía lo indestructible, lo imperecedero, la vida?

## III

El ser como el maíz se desgranaba en el inacabable  
 granero de los hechos perdidos, de los acontecimientos  
 miserables, del uno al siete, al ocho,  
 y no una muerte, sino muchas muertes,  
 llegaba a cada uno:  
 cada día una muerte pequeña, polvo, gusano, lámpara  
 que se apaga en el lodo del suburbio, una pequeña  
 muerte de alas gruesas  
 entraba en cada hombre como una corta lanza  
 y era el hombre asediado del pan o del cuchillo,  
 el ganadero: el hijo de los puertos,  
 o el capitán oscuro del arado,  
 o el roedor de las calles espesas:  
 todos desfallecieron esperando su muerte,  
 su corta muerte diaria:  
 y su quebranto aciago de cada día era  
 como una copa negra que bebían temblando.

## IV

La poderosa muerte me invitó muchas veces:  
 era como la sal invisible en las olas,  
 y lo que su invisible sabor diseminaba  
 era como mitades de hundimientos y altura  
 o vastas construcciones de viento y ventisquero.

Yo al férreo filo vine, a la angostura  
 del aire, a la mortaja de agricultura y piedra,  
 al estelar vacío de los pasos finales  
 y a la vertiginosa carretera espiral:  
 pero, ancho mar, oh muerte!, de ola en ola no vienes,  
 sino como un galope de claridad nocturna  
 o como los totales números de la noche.  
 Nunca llegaste a hurgar en el bolsillo, no era  
 posible tu visita sin vestimenta roja:

sin auroral alfombra de cercado silencio:  
 sin altos y enterrados patrimonios de lágrimas.

No pude amar en cada ser un árbol  
 con su pequeño otoño a cuestras (la muerte de mil hojas),  
 todas las falsas muertes y las resurrecciones  
 sin tierra, sin abismo:  
 quise nadar en las más anchas vidas,  
 en las más sueltas desembocaduras,  
 y cuando poco a poco el hombre fue negándome  
 y fue cerrando paso y puerta para que no tocaran  
 mis manos manantiales su inexistencia herida,  
 entonces fui por calle y calle y río y río,  
 y ciudad y ciudad y cama y cama,  
 y atravesó el desierto mi máscara salobre,  
 y en las últimas casas humilladas, sin lámpara, sin fuego,  
 sin pan, sin piedra, sin silencio, solo,  
 rodé muriendo de mi propia muerte.

## V

No eras tú, muerte grave, ave de plumas férreas,  
 la que el pobre heredero de las habitaciones  
 llevaba entre alimentos apresurados, bajo la piel vacía:  
 era algo, un pobre pétalo de cuerda exterminada:  
 un átomo del pecho que no vino al combate  
 o el áspero rocío que no cayó en la frente.  
 Era lo que no pudo renacer, un pedazo  
 de la pequeña muerte sin paz ni territorio:  
 un hueso, una campana que morían en él.  
 Yo levanté las vendas del yodo, hundí las manos  
 en los pobres dolores que mataban la muerte,  
 y no encontré en la herida sino una racha fría  
 que entraba por los vagos intersticios del alma.

## VI

Entonces en la escala de la tierra he subido  
 entre la atroz maraña de las selvas perdidas  
 hasta ti, Macchu Picchu.

Alta ciudad de piedras escalares,  
 por fin morada del que lo terrestre  
 no escondió en las dormidas vestiduras.

En ti, como dos líneas paralelas,  
la cuna del relámpago y del hombre  
se mecían en un viento de espinas.

Madre de piedra, espuma de los cóndores.

Alto arrecife de la aurora humana.

Pala perdida en la primera arena.

Esta fue la morada, este es el sitio:  
aquí los anchos granos del maíz ascendieron  
y bajaron de nuevo como granizo rojo.

Aquí la hebra dorada salió de la vicuña  
a vestir los amores, los túmulos, las madres,  
el rey, las oraciones, los guerreros.

Aquí los pies del hombre descansaron de noche  
junto a los pies del águila, en las altas guaridas  
carniceras, y en la aurora  
pisaron con los pies del trueno la niebla enrarecida,  
y tocaron las tierras y las piedras  
hasta reconocerlas en la noche o la muerte.

Miro las vestiduras y las manos,  
el vestigio del agua en la oquedad sonora,  
la pared suavizada por el tacto de un rostro  
que miró con mis ojos las lámparas terrestres,  
que aceitó con mis manos las desaparecidas  
maderas: porque todo, ropaje, piel, vasijas,  
palabras, vino, panes,  
se fue, cayó a la tierra.

Y el aire entró con dedos  
de azahar sobre todos los dormidos:  
mil años de aire, meses, semanas de aire,  
de viento azul, de cordillera férrea,  
que fueron como suaves huracanes de pasos  
lustrando el solitario recinto de la piedra.

## VII

Muertos de un solo abismo, sombras de una  
hondonada,

la profunda, es así como al tamaño  
de vuestra magnitud  
vino la verdadera, la más abrasadora  
muerte y desde las rocas taladradas,  
desde los capiteles escarlata,  
desde los acueductos escalares  
os desplomasteis como en un otoño,  
en una sola muerte.  
Hoy el aire vacío ya no llora,  
ya no conoce vuestros pies de arcilla,  
ya olvidó vuestros cántaros  
que filtraban el cielo  
cuando lo derramaban los cuchillos del rayo,  
y el árbol poderoso fue comido  
por la niebla, y cortado por la racha.

Él sostuvo una mano que cayó de repente  
desde la altura hasta el final del tiempo.  
Ya no sois, manos de araña, débiles  
hebras, tela enmarañada:  
cuando fuisteis cayó: costumbres, sílabas  
raídas, máscaras de luz deslumbradora.

Pero una permanencia de piedra y de palabra:  
la ciudad como un vaso se levantó en las manos  
de todos, vivos, muertos, callados, sostenidos  
de tanta muerte, un muro, de tanta vida un golpe  
de pétalos de piedra: la rosa permanente, la morada:  
este arrecife andino de colonias glaciales.

Cuando la mano de color de arcilla  
se convirtió en arcilla, y cuando los pequeños  
párpados se cerraron  
llenos de ásperos muros, poblados de castillos,  
y cuando todo el hombre se enredó en su agujero,  
quedó la exactitud enarbolada:  
el alto sitio de la aurora humana:  
la más alta vasija que contuvo el silencio:  
una vida de piedra después de tantas vidas.

## VIII

Sube conmigo, amor americano.

Besa conmigo las piedras secretas.  
La plata torrencial del Urubamba  
hace volar el polen a su copa amarilla.

Vuela el vacío de la enredadera,  
la planta pétrea, la guirnalda dura  
sobre el silencio del cajón serrano.  
Ven, minúscula vida, entre las alas  
de la tierra, mientras –cristal y frío, aire golpeado–  
apartando esmeraldas combatidas,  
oh agua salvaje, bajas de la nieve.

Amor, amor, hasta la noche abrupta,  
desde el sonoro pedernal andino,  
hacia la aurora de rodillas rojas,  
contempla el hijo ciego de la nieve.

Oh, Wilkamayu de sonoros hilos,  
cuando rompes tus truenos lineales  
en blanca espuma, como herida nieve,  
cuando tu vendaval acantilado  
canta y castiga despertando al cielo,  
qué idioma traes a la oreja apenas  
desarraigada de tu espuma andina?

Quién apresó el relámpago del frío  
y lo dejó en la altura encadenado,  
repartido en sus lágrimas glaciales,  
sacudido en sus rápidas espadas,  
golpeando sus estambres aguerridos,  
conducido en su cama de guerrero,  
sobresaltado en su final de roca?

Qué dicen tus destellos acosados?  
Tu secreto relámpago rebelde  
antes viajó poblado de palabras?  
Quién va rompiendo sílabas heladas,  
idiomas negros, estandartes de oro,  
bocas profundas, gritos sometidos,  
en tus delgadas aguas arteriales?

Quién va cortando párpados florales  
que vienen a mirar desde la tierra?  
Quién precipita los racimos muertos

que bajan en tus manos de cascada  
a desgranar su noche desgranada  
en el carbón de la geología?

Quién despeña la rama de los vínculos?  
Quién otra vez sepulta los adioses?

Amor, amor, no toques la frontera,  
ni adores la cabeza sumergida:  
deja que el tiempo cumpla su estatura  
en su salón de manantiales rotos,  
y, entre el agua veloz y las murallas,  
recoge el aire del desfiladero,  
las paralelas láminas del viento,  
el canal ciego de las cordilleras,  
el áspero saludo del rocío,  
y sube, flor a flor, por la espesura,  
pisando la serpiente despeñada.

En la escarpada zona, piedra y bosque,  
polvo de estrellas verdes, selva clara,  
Mantur estalla como un lago vivo  
o como un nuevo piso del silencio.

Ven a mi propio ser, al alba mía,  
hasta las soledades coronadas.  
El reino muerto vive todavía.  
Y en el Reloj la sombra sanguinaria  
del cóndor cruza como una nave negra.

## IX

Águila sideral, viña de bruma.  
Bastión perdido, cimitarra ciega.  
Cinturón estrellado, pan solemne.  
Escala torrencial, párpado inmenso.  
Túnica triangular, polen de piedra.  
Lámpara de granito, pan de piedra.  
Serpiente mineral, rosa de piedra.  
Nave enterrada, manantial de piedra.  
Caballo de la luna, luz de piedra.  
Escuadra equinoccial, vapor de piedra.  
Geometría final, libro de piedra.  
Témpano entre las ráfagas labrado.

Madrépora del tiempo sumergido.  
 Muralla por los dedos suavizada.  
 Techumbre por las plumas combatida.  
 Ramos de espejo, bases de tormenta.  
 Tronos volcados por la enredadera.  
 Régimen de la garra encarnizada.  
 Vendaval sostenido en la vertiente.  
 Inmóvil catarata de turquesa.  
 Campana patriarcal de los dormidos.  
 Argolla de las nieves dominadas.  
 Hierro acostado sobre sus estatuas.  
 Inaccesible temporal cerrado.  
 Manos de puma, roca sanguinaria.  
 Torre sombrero, discusión de nieve.  
 Noche elevada en dedos y raíces.  
 Ventana de las nieblas, paloma endurecida.  
 Planta nocturna, estatua de los truenos.  
 Cordillera esencial, techo marino.  
 Arquitectura de águilas perdidas.  
 Cuerda del cielo, abeja de la altura.  
 Nivel sangriento, estrella construida.  
 Burbuja mineral, luna de cuarzo.  
 Serpiente andina, frente de amaranto.  
 Cúpula del silencio, patria pura.  
 Novia del mar, árbol de catedrales.  
 Ramo de sal, cerezo de alas negras.  
 Dentadura nevada, trueno frío.  
 Luna arañada, piedra amenazante.  
 Cabellera del frío, acción del aire.  
 Volcán de manos, catarata oscura.  
 Ola de plata, dirección del tiempo.

## X

Piedra en la piedra, el hombre, dónde estuvo?  
 Aire en el aire, el hombre, dónde estuvo?  
 Tiempo en el tiempo, el hombre, dónde estuvo?  
 Fuiste también el pedacito roto  
 de hombre inconcluso, de águila vacía  
 que por las calles de hoy, que por las huellas,  
 que por las hojas del otoño muerto  
 va machacando el alma hasta la tumba?  
 La pobre mano, el pie, la pobre vida...  
 Los días de la luz deshilachada

en ti, como la lluvia  
 sobre las banderillas de la fiesta,  
 dieron pétalo a pétalo de su alimento oscuro  
 en la boca vacía?  
 Hambre, coral del hombre,  
 hambre, planta secreta, raíz de los leñadores,  
 hambre, subió tu raya de arrecife  
 hasta estas altas torres desprendidas?

Yo te interrogo, sal de los caminos,  
 muéstrame la cuchara, déjame, arquitectura,  
 roer con un palito los estambres de piedra,  
 subir todos los escalones del aire hasta el vacío,  
 rascar la entraña hasta tocar el hombre.

Macchu Picchu, pusiste  
 piedra en la piedra, y en la base, harapos?  
 Carbón sobre carbón, y en el fondo la lágrima?  
 Fuego en el oro, y en él, temblando el rojo  
 goterón de la sangre?  
 Devuélveme el esclavo que enterraste!  
 Sacude de las tierras el pan duro  
 del miserable, muéstrame los vestidos  
 del siervo y su ventana.  
 Dime cómo durmió cuando vivía.  
 Dime si fue su sueño  
 ronco, entreabierto, como un hoyo negro  
 hecho por la fatiga sobre el muro.  
 El muro, el muro! Si sobre su sueño  
 gravitó cada piso de piedra, y si cayó bajo ella  
 como bajo una luna, con el sueño!  
 Antigua América, novia sumergida,  
 también tus dedos,  
 al salir de la selva hacia el alto vacío de los dioses,  
 bajo los estandartes nupciales de la luz y el decoro,  
 mezclándose al trueno de los tambores y de las lanzas,  
 también, también tus dedos,  
 los que la rosa abstracta y la línea del frío, los  
 que el pecho sangriento del nuevo cereal trasladaron  
 hasta la tela de materia radiante,  
 hasta las duras cavidades,  
 también, también, América enterrada,  
 guardaste en lo más bajo,  
 en el amargo intestino, como un águila, el hambre?

## XI

A través del confuso esplendor,  
 a través de la noche de piedra, déjame hundir la mano  
 y deja que en mí palpíte, como un  
 ave mil años prisionera,  
 el viejo corazón del olvidado!  
 Déjame olvidar hoy esta dicha,  
 que es más ancha que el mar,  
 porque el hombre es más ancho que el mar  
 y que sus islas,  
 y hay que caer en él como en un pozo  
 para salir del fondo  
 con un ramo de agua secreta y de verdades sumergidas.  
 Déjame olvidar, ancha piedra, la proporción poderosa,  
 la trascendente medida, las piedras del panal,  
 y de la escuadra déjame hoy resbalar  
 la mano sobre la hipotenusa de áspera sangre y cilicio.  
 Cuando, como una herradura de élitros rojos,  
 el cóndor furibundo  
 me golpea las sienes en el orden del vuelo  
 y el huracán de plumas carniceras  
 barre el polvo sombrío  
 de las escalinatas diagonales, no veo a la bestia veloz,  
 no veo el ciego ciclo de sus garras,  
 veo el antiguo ser, servidor, el dormido  
 en los campos, veo un cuerpo, mil cuerpos,  
 un hombre, mil mujeres,  
 bajo la racha negra, negros de lluvia y noche,  
 con la piedra pesada de la estatua:  
 Juan Cortapiedras, hijo de Wiracocha,  
 Juan Comefrío, hijo de estrella verde,  
 Juan Piesdescalzos, nieto de la turquesa,  
 sube a nacer conmigo, hermano.

## XII

Sube a nacer conmigo, hermano.

Dame la mano desde la profunda  
 zona de tu dolor diseminado.  
 No volverás del fondo de las rocas.  
 No volverás del tiempo subterráneo.  
 No volverá tu voz endurecida.

No volverán tus ojos taladrados.  
 Mírame desde el fondo de la tierra,  
 labrador, tejedor, pastor callado:  
 domador de guanacos tutelares:  
 albañil del andamio desafiado:  
 aguador de las lágrimas andinas:  
 joyero de los dedos machacados:  
 agricultor temblando en la semilla:  
 alfarero en tu greda derramado:  
 traed a la copa de esta nueva vida  
 vuestros viejos dolores enterrados.  
 Mostradme vuestra sangre y vuestro surco,  
 decidme: aquí fui castigado,  
 porque la joya no brilló o la tierra  
 no entregó a tiempo la piedra o el grano:  
 señaladme la piedra en que caísteis  
 y la madera en que os crucificaron,  
 encendedme los viejos pedernales,  
 las viejas lámparas, los látigos pegados  
 a través de los siglos en las llagas  
 y las hachas de brillo ensangrentado.  
 Yo vengo a hablar por vuestra boca muerta.  
 A través de la tierra juntad todos  
 los silenciosos labios derramados  
 y desde el fondo habladme toda esta larga noche  
 como si yo estuviera con vosotros anclado,  
 contadme todo, cadena a cadena,  
 eslabón a eslabón, y paso a paso,  
 afilad los cuchillos que guardasteis,  
 ponedlos en mi pecho y en mi mano,  
 como un río de rayos amarillos,  
 como un río de tigres enterrados,  
 y dejadme llorar, horas, días, años,  
 edades ciegas, siglos estelares.

Dadme el silencio, el agua, la esperanza.

Dadme la lucha, el hierro, los volcanes.

Apegadme los cuerpos como imanes.

Acudid a mis venas y a mi boca.

Hablad por mis palabras y mi sangre.